ESTUDIO / STUDY

RECIBIDO / RECEIVED	ACEPTADO / ACEPTED	PÁGINAS / PAGES	ISSN / ISSN
10 de agosto de 2024	**27 de mayo de 2025**	**De la 43 a la 66**	**2386-2912**

Autor / Author

DE LA IGLESIA MARTÍN, Elena

Universidad Complutense de Madrid

Identidades en conflicto: El bréxit frente a la integración europea

Conflicting identities: Brexit and European integration

Este artículo explora la naturaleza de la identidad nacional británica en relación con la identidad europea, especialmente en el contexto del bréxit. Analiza cómo se configura la identidad nacional y cuáles son sus determinantes, comparando la caracterización de la identidad británica con la de la europea. A través del análisis de discursos y la aplicación del trilema de Rodrik, el artículo aborda las tensiones entre la soberanía nacional y la integración europea, resaltando la percepción de la identidad europea como una amenaza para la soberanía nacional británica y, por tanto, para su identidad. De este modo, este artículo ofrece una visión profunda de cómo se construye y desafía la identidad nacional en el contexto

This paper explores the nature of the British national identity in relation to the European identity, especially in the context of Brexit. It analyses how national identity is shaped and what its determinants are, comparing the characterisation of British identity with that of European identity. Through discourse analysis and the application of Rodrik's trilemma, the paper addresses the tensions between national sovereignty and European integration, highlighting the perception of European identity as a threat to British national sovereignty and, therefore, to its identity. Thus, this article offers a profound insight into how national identity is both constructed and contested

de los esfuerzos de integración europea.

amidst the ongoing process of European integration.

#bréxit, #identidad nacional británica, #identidad europea, #Reino Unido, #soberanía nacional, #Unión Europea (UE).

#Brexit, #British national identity, #European identity, #United Kingdom, #national sovereignty, #European Union (EU).

1. Introducción

En 1951, Jean Monnet, influyente consejero político y económico francés, reconocido como uno de los fundadores de la Unión Europea (UE), afirmó en relación con este proyecto: «We are uniting people, not forming coalitions of states».

Sin embargo, resulta complejo concebir un nosotros sin una identidad colectiva, y aún más sin un vosotros. La pertenencia, o la idea de unión, parece carecer de sentido sin el principio de exclusión. Desde sus inicios, la integración europea se planteó como una respuesta decisiva a los horrores de la Segunda Guerra Mundial y, si bien sus objetivos principales eran la paz y la cooperación, el resultado natural de esta sería el surgimiento de una identidad europea (Marks, 1999) que diluyera los nacionalismos extremos del siglo XX.

Actualmente, la UE vive un periodo marcado por retos de diversa índole, en el que también encara importantes desarrollos asociados a su expansión y al grado de su integración. Desde su creación por los seis miembros fundadores, la UE ha experimentado siete ampliaciones, alcanzando los veintisiete países actuales, con otros nueve países aspirantes (Albania, Bosnia, Georgia, Moldavia, Montenegro, Macedonia del Norte, Serbia, Turquía y Ucrania) que participan en el proceso de adhesión, contando ya con el estatus de candidato a ingresar en la Unión. A pesar de los avances y el creciente interés por formar parte de la Unión, no todos los países han mantenido este compromiso con el proyecto europeo: el Reino Unido sorprendió al hacer oficial su salida de la UE en enero de 2020, tras el referéndum llevado a cabo en el país en junio de 2016. Este giro conduce a la pregunta de interés central de este artículo: ¿responde el fenómeno del bréxit al reconocimiento por parte del Reino Unido de la identidad europea como una amenaza para la identidad nacional británica?

La hipótesis central de este artículo sostiene que el bréxit[1] fue coherente, puesto que el Reino Unido nunca ha participado de la identidad europea. Si se acepta entonces que el bréxit fue un acto lógico, es necesario explorar su consistencia a

1 *Bréxit* es el nombre otorgado a la salida de Reino Unido de la Unión Europea. Es la combinación de *Britain* («Bretaña») y *exit* («salida»).

nivel cultural, político y económico. Como cualquier otro Estado, el Reino Unido se define a través de estas dimensiones, y la manera en la que lo hace lo identifica y condiciona no solo la forma en la que se relaciona con los demás, sino también las dinámicas de integración que lo involucran. Tal como señala Taylor: «Me gustaría argumentar que las identidades en el mundo moderno están cada vez más formadas en esta relación directa con otros, en un espacio de reconocimiento» (1989, p. 458).

Existen similitudes notables entre los países miembros de la Unión Europea, pero también diferencias evidentes. Por ello, es fundamental explorar las relaciones que emergen entre estas identidades, en particular si la dinámica del Reino Unido difiere de la de los demás Estados miembros. Como señala Hall (2003), el Reino Unido es, junto con Bélgica, Canadá, España y Suiza, uno de los pocos países desarrollados que presenta un conjunto claro aunque complejo de identidades regionales. De hecho, el Reino Unido es una unión de *reinos*: Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte. En este contexto, es innegable que el Reino Unido experimenta una necesidad de distinguirse que debe ser reconocida. Como añade Taylor (1997), esta necesidad se percibe «existencialmente como un desafío…, como algo en lo que está en juego la dignidad y la autoevaluación. Esto es lo que le confiere al nacionalismo su poder emotivo y lo sitúa frecuentemente en el ámbito del orgullo y la humillación» (p. 34).

Este artículo se relaciona con el Programa de Liderazgo de la Escuela de Liderazgo Universitario,[2] fundamentalmente, a través de dos módulos, el módulo 3 («Persona y libertad») y el módulo 5 («Sociedad, modernidad y globalización»). En el primer módulo, se examina la vinculación de la persona a modelos antropológicos, observando las distintas formas de libertad y cuestionando qué es aquello que define la humanidad. Este módulo resulta, por tanto, fundamental para comprender los elementos que configuran la identidad y explican los actos humanos. En el segundo módulo, se aborda la idea de la identidad moderna y la concepción del yo en el contexto de una sociedad globalizada. Este enfoque facilita una comprensión más profunda de los conflictos identitarios que emergen en procesos de integración y disolución de la identidad colectiva.

El artículo se estructura de la siguiente manera. En primer lugar, se ofrece un recorrido histórico sobre la formación de la Unión Europea y el proceso de integración del Reino Unido. A continuación, se explora el fenómeno del bréxit, abordando sus precedentes y motivaciones. Posteriormente, se explora el concepto de identidad y se ofrece un análisis aplicado al Reino Unido de los factores determinantes que la configuran, incluyendo los aspectos religiosos, político-económicos y geográficos. Este marco conceptual permite una comparación entre la identidad nacional británica y la europea, lo que conduce a una caracterización de ambas. Finalmente, se plantea si la Unión Europea ha sido percibida como una amenaza para la identidad británica, vinculando esta discusión al trilema de Rodrik y a la tensión

2 Programa de formación académica de la Escuela de Liderazgo Universitario (Universidad Francisco de Vitoria y Santander Universidades), compuesto por nueve módulos encuadrados en el ámbito de las humanidades y transversales a las diferentes ramas del conocimiento.

entre soberanía nacional e integración europea. El artículo deja abiertas futuras líneas de investigación relacionadas, entre otros aspectos, con la vinculación de la identidad europea con las identidades nacionales y regionales.

2. Historia de la UE: La integración del Reino Unido

Con el final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, el Reino Unido se pregunta por su papel en el nuevo orden económico internacional. Esto supone también el inicio de una relación ambivalente con Europa, cuyas fases se describen en la ilustración 1 y cuya trayectoria bien podría definirse como sinusoidal, dadas las numeras oscilaciones entre respaldo y oposición durante ya más de setenta años.

Ilustración 1. Fases y actitudes de la integración del Reino Unido en la Unión Europea. Fuente: Elaboración propia.

En 1961, Reino Unido solicita por primera vez su entrada en la Comunidad Económica Europea. La decisión la toma el Gobierno conservador de Harold Macmillan, aunque fue posteriormente negociada por Edward Heath. En 1963, se vota la petición bajo la preocupación del presidente francés, Charles de Gaulle, que argumenta que el compromiso del Reino Unido no es lo suficientemente fuerte (Liddle, 2016).[3] En 1967, De Gaulle veta de nuevo la entrada del Reino Unido en

3 Esta observación encuentra respaldo en una declaración del presidente francés Charles de Gaulle, quien argumentaba que el Reino Unido no estaba política ni constitucionalmente preparado para una integración plena en la UE. En 1963, explicó: «Inglaterra, de hecho, es insular, es marítima, está vinculada a través de sus interacciones, sus mercados y sus líneas de suministro con los países más diversos y a menudo los más distantes; se dedica principalmente a actividades industriales y comerciales, y solo en menor medida a la agricultura. Tiene, en todas sus acciones, hábitos y tradiciones muy marcados y originales» (Nedergaard, 2019).

la Comunidad Europea. No obstante, el Reino Unido aprovecha la renuncia del presidente francés, en 1969, para acceder finalmente a la Comunidad Europea, en 1973. En consecuencia, el Reino Unido paga el precio, político y económico, de su tardía adhesión. Político, porque la soberanía de su Parlamento dejaría de ser el eje de su identidad nacional; económico, pues el país se une a un bloque fundamentalmente agrícola, con políticas más apropiadas para economías proteccionistas que para una dependiente en gran medida del comercio internacional y, por ello, también de la Commonwealth (Wall, 2020).

En 1978, se establece el sistema monetario europeo con el objetivo de crear una base sobre la que poder introducir en el futuro una moneda única (*i. e.*, el euro). El único país que no se adhirió a dicho sistema fue el Reino Unido. En 1979, se producen las primeras votaciones al Parlamento Europeo, con el claro rechazo del Gobierno laborista británico a que la Comunidad Europea virase hacia el federalismo. Varios países se unen a la Comunidad Europea a lo largo de la siguiente década; España lo hace en 1986.

El conocido Tratado de Maastricht se aprueba en 1991, lo que conduce a la creación del euro, de los grandes pilares de la Unión Europea y del concepto de *ciudadanía europea*. Es entonces cuando el primer ministro, John Major, excluye al Reino Unido tanto de la unión monetaria como de todo lo relativo a la política social de la UE. El creciente euroescepticismo británico llega a su cúspide con la fundación, en 1993, del United Kingdom Independence Party (UKIP), que defiende la salida completa por parte del Reino Unido de la UE. Si bien su éxito es inicialmente limitado, terminaría siendo uno de los partidos más influyentes durante la campaña de 2016.

El Tratado de Schengen entra en vigor en 1995 y supone la supresión de los controles en las fronteras interiores de varios países europeos y el traslado de esos controles a las fronteras exteriores. Aunque el Reino Unido defiende su ausencia en el acuerdo por motivos administrativos, a menudo se señala que las preocupaciones relacionadas con la inmigración ilegal también pudieron influir en esta decisión. Más tarde, en 1998, se establece el Banco Central Europeo (BCE) en Fráncfort, Alemania, pero para entonces el Reino Unido ya había otorgado independencia a su banco central, el Banco de Inglaterra, en la gestión de la política monetaria.

La lucha contra el terrorismo, especialmente intensa a partir de 2001, la invasión de Irak en 2003 y el comienzo de la gran crisis financiera en 2008 son algunos de los eventos que contribuyen al aumento de la desconfianza y la incertidumbre entre los países de la Unión Europea. Poco después, en 2012, el primer ministro David Cameron anuncia los planes del Partido Conservador de incluir en su programa electoral de cara a las próximas elecciones un referéndum de salida de la UE. Este se produce en 2016 y el Reino Unido abandona de forma oficial y definitiva la Unión Europea en 2020.

3. El bréxit y sus precedentes

La decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea sorprendió al mundo en junio de 2016. Este hecho histórico marcó la culminación de tendencias que llevaban mucho tiempo desarrollándose en la política doméstica y en la relación del Reino Unido con la UE y reveló que la sociedad había estado cambiando durante muchos años. En este sentido, para entender el contexto actual, es crucial contar con un entendimiento firme de lo que ha trascendido hasta la fecha.

El jueves 23 de junio de 2016, aproximadamente veintiséis millones y medio de personas en el Reino Unido se acercaron a sus respectivos colegios electorales para votar en un referéndum nacional y otros siete millones de personas votaron por correo. En las papeletas, se podía leer la siguiente pregunta: «Should the United Kingdom remain a member of the European Union or leave the European Union?». Pero el referéndum de 2016 no fue el primero en el que se le preguntaba a la gente por la relación de su país con Europa continental. Ya en 1975, en el primer referéndum llevado a cabo en la historia del Reino Unido, se le había preguntado a una generación previa de votantes si querían permanecer en lo que entonces se conocía como Comunidad Económica Europea. Pero aquella vez el resultado fue distinto, influenciado por dos factores, según Clarke *et al.* (2017): primero, en la década de los setenta, el Reino Unido era conocido como *the sick man of Europe*, un país afectado por el estancamiento económico, con una perniciosa mezcla de inflación, alto desempleo, baja productividad y agitación en el sector industrial. Por lo tanto, no es sorprendente que en ese momento el Reino Unido mirara con cierta envidia a las economías al otro lado del canal de la Mancha.[4] Segundo, existía un sentido de lealtad hacia los principales partidos políticos bastante fuerte y extendido entre la población.

Sin embargo, en el referéndum de 2016, tanto el resultado como el contexto fueron totalmente diferentes. De hecho, en un discurso que pasaría a la historia con el nombre de *Bloomberg speech*, dado que tuvo lugar en las oficinas de Bloomberg en Londres en enero de 2013, David Cameron describió una Unión Europea muy distinta de la que su país miraba con admiración cuatro décadas antes. La UE había pasado a ser integrada por más Estados miembros, muchos de los cuales tenían economías más débiles que el Reino Unido, y se caracterizaba por la falta de competitividad, un exceso de regulación y la ausencia de rendición de cuentas en el ámbito democrático, entre otros factores. Unos años después, David Cameron pasaría a ser recordado por una sola cosa: el resultado del referéndum de 2016.

Pero ¿qué llevó al Reino Unido a abandonar la Unión Europea? Principalmente, tres factores: la pérdida de soberanía nacional a costa de la UE, la situación económica tras la crisis financiera de 2008 y, especialmente, la inmigración.

4 En inglés, simplemente *the Channel o the English Channel*.

4. Ahora, ¿qué buscamos?

4.1. Identidad. Definiciones

Pocos conceptos son tan enigmáticos como el de identidad. Si bien es un término comúnmente utilizado en la actualidad, especialmente en el ámbito de la psicología, las ciencias políticas y las relaciones internacionales, las definiciones que ofrecen los diccionarios parecen no captar el significado completo de la palabra (Fearon, 1999). De hecho, a menudo, este se da por sentado: en una conversación ordinaria, el término *identidad* es sencillo y claro; sin embargo, en el mundo académico, se trata de un concepto complejo e incluso indescriptible sobre cuya definición no parece haber consenso. Quizá por eso, precisamente, la definición más apropiada sea la de Taylor (1989): «Nuestra identidad es más profunda y tiene más facetas que cualquiera de nuestras posibles formulaciones de ella» (p. 29).

En primer lugar, hay un gran número de académicos que realizan la distinción más simple posible, que consiste en separar la identidad colectiva de la individual. A estas dos variaciones las denominan, por un lado, «identidad social» y, por otro, «identidad personal» (Fearon, 1999). La primera se refiere directamente a una categoría social, es decir, a un conjunto de personas fácilmente clasificables que se caracterizan por una serie de atributos y reglas que determinan la membresía a dicho grupo. Algunos autores, como Tajfel y Turner (1986), definen la identidad social como esa parte del yo de un individuo que se deriva de su conocimiento de pertenencia a un grupo social, junto con el valor y el significado emocional asociado a esa pertenencia. En cambio, se habla de identidad personal cuando se alude a una característica o varias de las que un individuo se enorgullece y que se consideran prácticamente inmutables (Fearon, 1999). En este sentido, la identidad podría asociarse con la fuente de respeto hacia uno mismo y de dignidad del propio individuo.

Las definiciones previas implican, por tanto, que no solo los individuos, sino también otro tipo de entidades, como los Estados, pueden tener identidades. Es más, autores como Fearon (1999) destacan que estas pueden construirse partiendo de las definiciones de identidad personal e identidad social. Así, en el primero de los sentidos, tal y como los individuos son miembros de categorías sociales, también existen categorías sociales en las que los miembros son Estados. Atendiendo al segundo de los sentidos, la identidad estatal se refiere a las características distintivas de un Estado que constituyen la base de su autoestima u orgullo. Estas ideas conducen, inevitablemente, al concepto de identidad nacional.

La identidad nacional puede verse como un sistema multidimensional de creencias sobre la propia nación (Eagly y Chaiken, 1993; como se cita en Blank *et al.*, 2001). Por tanto, el concepto de identidad nacional es claramente dependiente del de nación. Según Smith (1991), una nación es «una población humana con nombre que comparte un territorio, mitos comunes y recuerdos históricos, una cultura popular, una economía común y derechos y deberes legales comunes

para todos los miembros» (p. 14). Otros autores van más allá y extienden esta definición, añadiendo lo que consideran un elemento «esencialmente irracional y psicológico» (Triandafyllidou, 1998, p. 595), sin el cual no sería posible la constitución de la identidad nacional a través de la nación. Este componente es el denominado «sentido de pertenencia» (Connor, 1978, p. 388) y resulta sumamente relevante para vincular el yo individual con el yo colectivo. Esto es, la nación es una de las formas de identidad colectiva más significativas, si no la más, lo cual crea una fuerte distinción entre este grupo al que pertenece el individuo, es decir, la nación, y los otros, o sea, aquellos que no lo hacen. Es por esto por lo que la doble naturaleza inclusiva y exclusiva de la identidad nacional, a saber, su capacidad para definir quién es miembro de la nación, pero también quién no lo es, es su rasgo más característico. Así, una nación nunca puede entenderse como una unidad aislada y, además, es la influencia de los otros la que redefine esta identidad nacional, entendidos como todos aquellos «grupos que se perciben como una amenaza para la nación, su singularidad, autenticidad o independencia» (Triandafyllidou, 1998, p. 594).

Asimismo, hay otras formulaciones del concepto de identidad que, en el marco de este trabajo, son también importantes, si bien más residuales, como la de identidad política. Cabe destacar que la conceptualización del término *identidad* es tan compleja que, frecuentemente, es necesario acompañarlo con un adjetivo que aclare o limite su significado, dependiendo del contexto en el que se pretenda emplear.

4.2. Identidad: Factores determinantes

4.2.1. Aspecto religioso

La religión como factor determinante en la formación de la identidad es una idea ampliamente reconocida (Erikson, 1968; Knott, 1986; King, 2003) y clave de forma particular en el desarrollo del sentido de pertenencia (Duderija, 2008). Su influencia es tal que, aunque en muchos ámbitos se considera una dimensión cultural más, en relación con la identidad resulta pertinente analizarla por separado (Modood, 2010). Es más, hay autores que incluso elevan el aspecto religioso por encima de los demás, al considerarlo «ancla espiritual» (Garbarino, 1995, p. 50), esto es, la consideración de la religión como una institución capaz de conectar a la persona con el sentido último de la vida y de responder a preguntas existenciales. No obstante, también hay autores que señalan que la religión como elemento esencial en la configuración de la identidad depende de la forma de religión en sí (King, 2003); sin embargo, este argumento puede quedar en un plano superficial que poco tiene que ver con el sentido religioso o la religiosidad de la persona.

Para entender la relación entre religión e identidad en el contexto del Reino Unido, primero es conveniente hacer un breve repaso histórico: desde el milenio del cristianismo católico hasta la Reforma en el siglo XVI, pasando por los tres siglos hasta la culminación de la emancipación católica y finalizando con los siglos XIX y XX y los años más recientes. En primer lugar, Hornsby-Smith (2015) destaca

que la expansión del cristianismo en Reino Unido fue lenta hasta la llegada de san Agustín de Canterbury, primer arzobispo de Canterbury, en el año 597. A finales del siglo XV, «había sido cierto durante mil años que casi todos en las islas eran cristianos católicos…, reconociendo la suprema autoridad espiritual del papa» (Davies, 2000, p. 385). Es decir, antes de la Reforma, la Iglesia católica era una pieza fundamental de la sociedad y, por consiguiente, del Estado. No obstante, en 1534, el Parlamento aprobó el Acta de Supremacía, creando la Iglesia de Inglaterra y cortando así los vínculos eclesiásticos con Roma (Hornsby-Smith, 2015). Este es un episodio de suma importancia, puesto que «la Reforma separó a las islas de gran parte del continente y de ese núcleo principal de la cristiandad que había sido su hogar espiritual durante el milenio anterior» (Davies, 2000, pp. 396-397).

En los siglos siguientes, tuvo lugar una fuerte discriminación a los católicos hasta que, en 1829, se aprobó la Ley de Emancipación (o Alivio) Católica, que permitió a los católicos ser elegibles para la mayoría de los cargos estatales, aunque no para el cargo de monarca (Hornsby-Smith, 2015). Recientemente, en concreto desde la Segunda Guerra Mundial, el panorama religioso en el Reino Unido ha cambiado significativamente: los movimientos contrarios al catolicismo, prácticamente, han desaparecido en una sociedad cada vez más secular (Field, 2014), mientras que el número de personas que se describen a sí mismas como no religiosas ha aumentado rápidamente y la influencia del cristianismo permanece en declive desde hace varias décadas (Kettell, 2009). Además, numerosas olas migratorias han conducido al Reino Unido a tener un gran número de musulmanes, hindúes y sijs, así como a una variedad de cristianos, de antiguos territorios coloniales de Asia, África y las Antillas británicas, y más recientemente de Europa del Este. Precisamente, son estos movimientos migratorios los principales responsables de la reciente propagación de otras religiones, especialmente el islam, por el Reino Unido. De hecho, se estima que, a partir del año 2035, el islam superará al cristianismo en términos de miembros practicantes en el país (Brierley, 2008).

En este nuevo contexto multicultural caracterizado por la diversidad religiosa y étnica en el Reino Unido, se produce el bréxit, encontrando en la inmigración una de sus principales motivaciones. Dada la larga y profundamente arraigada función (y contenido) del cristianismo en la vida social, política y cultural británica, el cristianismo debe definir, necesariamente, el carácter de la identidad nacional británica. Así, en 2003, el obispo de Winchester, Michael Scott-Joynt,[5] en referencia a la sociedad actual británica, afirmó lo que sigue: «Esta sociedad tiene la responsabilidad de escuchar a los cristianos si quiere comprenderse a sí misma». Pero, de estar la identidad británica basada en el cristianismo, ¿puede esta ser imperecedera? Esta cuestión conduce, a su vez, a una pregunta todavía más amplia que tiene que ver con la naturaleza estática (por lo menos, temporalmente) o dinámica de la identidad nacional y que, sin duda, representa un interesante objeto de estudio.

5 Scott-Joynt, M. (2003). *Socio-Political Sub-Group Plenary*. 02/12/2003.

En cualquier caso, puesto que durante el periodo de interés la identidad nacional británica sí puede ser mínimamente descriptible con base en la religión, como se viene demostrando, si el bréxit tuvo lugar en defensa de la identidad británica, cabe preguntarse, entonces, por el papel de la religión en las elecciones de 2016. Algunos estudios apuntan a que, de entre las grandes comunidades cristianas en el Reino Unido, los anglicanos fueron los más propensos a apoyar el bréxit y señalan que esto podría deberse a que ser miembro de la Iglesia anglicana fomenta un apego a la herencia inglesa y la identidad nacional, de la cual la Iglesia de Inglaterra es un componente clave (Fox y Kolpinskaya, 2023). En cambio, dado que la Iglesia católica se concibe como una institución mundial, en lugar de nacional, como la anglicana, la mayoría de los católicos votaron a favor de permanecer en la Unión Europea (ibíd., 2023). Se desprende de estas afirmaciones que los católicos del Reino Unido son menos propensos a desarrollar una identidad nacional británica de la forma en la que lo hacen los anglicanos y que, aun en una sociedad cada vez más secularizada, la religión como factor determinante de la identidad británica sigue conservando una gran influencia en la opinión pública y las esferas cultural y política.

4.2.2. Aspecto político-económico

A pesar de que la proximidad geográfica y las interacciones a lo largo de la historia entre el Reino Unido y Europa continental, y más recientemente la Unión Europea, son notables, sus distintas economías y sistemas políticos han contribuido a la formación de identidades nacionales diferentes. Una gran variedad de factores históricos, culturales y económicos únicos moldean tanto la identidad británica como la europea a lo largo del tiempo. Desde el punto de vista del contexto histórico, existen eventos esenciales para el desarrollo político y económico del Reino Unido, tales como la Revolución Industrial, la expansión colonial y el surgimiento de la democracia parlamentaria. A su vez, estos elementos definitorios de la historia propician la construcción de una identidad nacional única, con su propio conjunto de valores, instituciones y normas.

Por otro lado, el Reino Unido y muchos países de la Unión Europea siguen diferentes modelos y sistemas económicos. Por ejemplo, el Reino Unido se ha asociado tradicionalmente con un modelo del estado de bienestar anglosajón o liberal, mientras que el resto de los países europeos adoptan regímenes socialdemócratas o conservadores/continentales (Esping-Andersen, 1990). En esto sentido, «debe de existir una correspondencia clara entre los modelos del estado de bienestar y los tipos de economías políticas» (Hall y Soskice, p. 51, 2001), y esto es cierto tanto para el Reino Unido como para los países de la Unión Europea. Así, el estado de bienestar liberal o anglosajón se asocia con una economía de libre mercado, mientras que los modelos de estos últimos se clasifican como economías de sociales de mercado o economías mediterráneas (Rhodes, 1998; Gelissen y Arts, 2010), si bien hay autores que hacen hincapié en la idea de que muchos de estos países siguen ya economías políticas que pueden considerarse híbridas (Jackson, 2005). Estas diferencias en los sistemas económicos

influyen en los valores sociales, las estructuras de clase y las actitudes hacia el individualismo y el colectivismo (Hofstede, 2001), moldeando así, de nuevo, las respectivas identidades.

Otra de las distinciones clave entre la identidad británica y la identidad europea se refleja en el papel del Banco de Inglaterra y la decisión del Reino Unido de mantener la libra esterlina como moneda nacional. A diferencia de muchos países europeos que adoptaron el euro como moneda común a través de la Unión Económica y Monetaria, el Reino Unido optó por conservar su soberanía monetaria. Esta decisión no solo subraya el deseo del Reino Unido de mantener el control sobre su política monetaria y económica, sino que también refleja una parte fundamental de la identidad británica, que valora altamente la autonomía y la independencia. El Banco de Inglaterra, fundado en 1694,[6] ha sido una institución central en la vida económica y financiera del Reino Unido. A lo largo de su historia, ha desempeñado un papel crucial en la estabilidad económica del país, particularmente en momentos de crisis financiera. La decisión de no adoptar el euro y mantener la libra esterlina está intrínsecamente ligada a la percepción británica de su propia identidad y soberanía económica. Esta elección destaca una clara diferencia con muchos países europeos que cedieron parte de su control económico al Banco Central Europeo al unirse a la zona euro. Como argumentan Dyson y Featherstone (1999), la integración económica y monetaria en Europa ha sido un proceso complejo que involucró negociaciones políticas y económicas significativas. Sin embargo, el Reino Unido siempre mantuvo una posición reticente respecto a ceder su política monetaria a una autoridad supranacional. Este aspecto de la política económica británica es un reflejo de la prioridad que el país otorga a su autonomía y es un componente central de su identidad nacional.

Por último, es fundamental considerar la distribución espacial de la economía en el Reino Unido. Londres emerge como el epicentro económico del país, eclipsando significativamente a otras regiones en términos de actividad económica y desarrollo. De hecho, en 2019, con tan solo el 13 % de la población nacional, Londres era responsable del 23 % aproximadamente de la economía británica (Brown, 2019). Esta centralización del poder económico en la capital británica tiene un impacto profundo tanto a nivel interno como en las relaciones exteriores. En el ámbito interno, la primacía de Londres puede alimentar disparidades regionales, generando tensiones y desequilibrios económicos entre diferentes partes del país. Por otro lado, en el escenario internacional, la influencia económica de Londres puede moldear las relaciones comerciales y diplomáticas del Reino Unido con Europa y el resto del mundo (Hall y Pain, 2006). Esta dinámica de centralización económica en torno a Londres agrega una capa adicional a la distinción entre la identidad británica, centrada en la capital, y la identidad europea, que abarca una diversidad de centros económicos en toda la Unión Europea.

6 Banco de Inglaterra (s. f.). *About the Bank: History*. https://www.bankofengland.co.uk/about/history

4.2.3 Aspecto geográfico

Dicen que la geografía precede a la historia y, en este sentido, la geografía desempeña un papel crucial en la formación de la identidad, especialmente en el contexto de la insularidad de Gran Bretaña y su relación con Europa. De hecho, Tombs (2021), en clara referencia al Reino Unido, asegura que las islas no pueden tener la misma historia que los territorios continentales. Por tanto, la decisión del Reino Unido de salir de la Unión Europea puede explicarse, en parte, desde esta perspectiva. Atendiendo a la definición de identidad nacional en la sección 4.1, sin duda, resulta más sencillo reconocer una nación, así como quiénes no forman parte de ella, cuando existe un estrecho de por medio. El famoso titular de uno de los más antiguos e influyentes periódicos del Reino Unido, *The Times*, en 1957, «Heavy fog in the Channel: Continent cut off»,[7] ha sido utilizado en numerosas ocasiones desde entonces para describir las relaciones entre el Reino Unido y la Unión Europea (Rasmussen, 2015). Captura la separación geográfica entre Gran Bretaña y el continente europeo, simbolizando una distancia física y metafórica. Este aislamiento geográfico ha contribuido, históricamente, al desarrollo de una identidad británica distinta, enfatizando nociones de insularidad, independencia y soberanía.

El canal de la Mancha, actuando como una barrera natural, ha fomentado un sentido de cohesión nacional y diferenciación del continente. Su papel en definir la identidad británica se vuelve particularmente pronunciado cuando se contrasta con la identidad europea y entra el bréxit en juego (Muscara, 2020). La insularidad de Gran Bretaña refuerza percepciones de singularidad y separación a la vez que contribuye a un sentido de distanciamiento de Europa continental. Esta distancia geográfica, junto con factores históricos y culturales, ha llevado al surgimiento de identidades británicas y europeas distintas. El canal, por tanto, sirve como una frontera tangible, reforzando la idea de Gran Bretaña como una nación insular con una identidad y un carácter propios y, por tanto, distintivos. Además, la relevancia de los límites geográficos viene acompañada por la de otros tipos de fronteras (Smith, 1992), como las del espacio Schengen o la eurozona, es decir, aquellas que también definen las relaciones políticas, económicas y culturales entre diferentes regiones. El espacio Schengen, por ejemplo, representa una zona de libre circulación de personas dentro de la Unión Europea,[8] lo que refleja una integración más estrecha entre los países miembros. Por otro lado, la eurozona es un área económica que comparte una moneda común, el euro.[9] Esta integración monetaria ha llevado a una mayor interdependencia económica entre los países miembros, pero también ha generado tensiones en momentos de crisis económica, como se evidenció durante la crisis financiera de 2008 (Baldwin y Wyplosz, 2022). La decisión del Reino Unido de no unirse al espacio Schengen y de mantener su propia moneda fuera de la Eurozona subraya su posición única en relación con la identidad europea.

7 «Espesa niebla en el canal de la Mancha: Conexión con el continente interrumpida» o «Espesa niebla en el canal de la Mancha: Acceso al continente cortado». Traducción propia.

8 Unión Europea. (2024). *Schengen Area.* https://home-affairs.ec.europa.eu/policies/schengen-borders-and-visa/schengen-area_en

9 Banco Central Europeo (s. f.). *Our money.* https://www.ecb.europa.eu/euro/intro/html/index.en.html

5. Una comparación

5.1. Caracterización de la identidad británica

Una vez delineados algunos de los factores determinantes de la identidad nacional más relevantes, y aplicados al caso específico del Reino Unido, es crucial reunirlos y examinar cómo su amalgama da forma a la identidad nacional británica. Es, precisamente, en este nivel más profundo donde se desentraña la verdadera esencia de la identidad británica. La realización de este análisis es particularmente útil cuando se toma como punto de referencia una forma concreta de expresión. Por ejemplo, el discurso de una figura de autoridad política puede verse como una narrativa que encierra los significados de la nación, con los cuales uno puede identificarse (Hall, 1996). Así, esta sección del artículo se adentra en la exploración de cómo se articula la identidad nacional británica a través de una forma de expresión específica, el conocido como «discurso de Bloomberg»,[10] lo que permitirá desglosar e identificar sus aspectos determinantes. Este discurso fue pronunciado hace más de una década por el ex primer ministro conservador David Cameron. En particular, el siguiente fragmento de este discurso resulta de especial interés para el presente artículo:

> I know that the **United Kingdom**[11] is sometimes seen as an argumentative and rather **strong-minded** member of the family of European nations. And it's true that our **geography** has shaped our **psychology**. We have the character of an **island nation** – **independent**, forthright, passionate in **defence of our sovereignty**. We can no more change this **British sensibility** than we can drain the English Channel. And because of this sensibility, we come to the European Union with a frame of mind that is **more practical than emotional**. For us, **the European Union is a means to an end** – prosperity, stability, the anchor of freedom and democracy both within Europe and beyond her shores – **not an end in itself**.[12]

Las identidades nacionales y transnacionales contrastantes que surgen en esta transcripción del discurso sugieren una forma de presentar al Reino Unido como una entidad separada y contrapuesta al continente, es decir, Europa (Wodak, 2018). En definitiva, lo que hace Cameron es construir un yo referente a la nación (*our*, *us*) y un los otros a través de los que se desprende una fuerte distinción entre las respectivas identidades. El ex primer ministro presenta al Reino Unido como una nación fuerte y reconoce la influencia de la geografía del país en la relación que mantiene con la Unión Europea. Implícitamente, se pone de

10 Véase el discurso de David Cameron en YouTube: https://www.youtube.com/watch?v=ApcgQDKqXmE y la transcripción del discurso en: https://www.gov.uk/government/speeches/eu-speech-at-bloomberg

11 Letra negrita añadida por la autora del artículo.

12 «Sé que a veces se ve al Reino Unido como un miembro contencioso y bastante terco de la familia de naciones europeas. Y es cierto que nuestra geografía ha moldeado nuestra psicología. Tenemos el carácter de una nación insular: independiente, directa, apasionada en la defensa de nuestra soberanía. No podemos cambiar esta sensibilidad británica más de lo que podemos drenar el canal de la Mancha. Y debido a esta sensibilidad, llegamos a la Unión Europea con una mentalidad más práctica que emocional. Para nosotros, la Unión Europea es un medio para alcanzar un fin —prosperidad, estabilidad, el ancla de la libertad y la democracia tanto dentro de Europa como más allá de sus fronteras—, no un fin en sí mismo». Traducción propia.

relieve la singular naturaleza del Reino Unido, y se hace de forma tan directa que no resulta difícil considerar el país una excepción entre el resto de las naciones europeas. El conjunto de rasgos y características al que apunta Cameron en su discurso no hace sino desvelar la identidad nacional británica: el sentido de pertenencia se muestra tanto desde un punto de vista físico como desde una perspectiva puramente psicológica. Esto es, por ejemplo, que no se trata únicamente de que el territorio común sea una isla y, por tanto, una región geográficamente aislada y separada del continente europeo, sino también de que la nación se sienta independiente. La metáfora de la nación como cuerpo humano, es decir, como cuerpo y como persona (Musolff, 2004, 2010), adquiere especial relevancia en este contexto, puesto que se deduce que la identidad está configurada por elementos intrínsecos al sujeto.

Por otro lado, el carácter estático y permanente que Cameron otorga a la identidad británica es digno de atención. Esto lo hace aludiendo a la imposibilidad de cambio de la *sensibilidad británica*. Entonces, es preciso considerar la nación, de nuevo, un ser animado o dotado de alma propia. Asimismo, es importante señalar el papel que juega la Unión Europea para el Reino Unido, puesto que este país parece no reconocer en la organización supranacional las dimensiones de la experiencia humana que sí percibe en sí mismo, admitiendo, por tanto, la existencia de una identidad propia. Esto queda reflejado en la forma en la que el ex primer ministro concede prioridad a la identidad nacional, rechazando un sentido compartido de identidad europea (Wodak, 2018). Así, apenas queda espacio para el europeísmo en este discurso político. Sin embargo, esta actitud dista de ser circunstancial. Esto puede verse en la extensa biografía sobre Churchill de Roberts (2018), quien dedica unas páginas a abordar la postura de Churchill sobre la integración europea tras la Segunda Guerra Mundial:

> We play a part, but we are not merged with and do not forfeit our insular or Commonwealth character. Our **first** object is the unity, and consolidation of the **British Commonwealth** […]. Our **second**, the **"fraternal association" of the English-speaking world**; and, **third** united **Europe**, to which we are a separate, closely – and specially related ally and friend[13] (p. 975).

La preferencia por la Commonwealth sobre la unión de Europa refleja una combinación de lazos históricos, económicos y emocionales entre el Reino Unido y la mencionada mancomunidad. Por su parte, en la relación con la UE, pesa más el carácter insular que la proximidad física con el continente europeo, dando a entender, por tanto, que el vínculo entre el Reino Unido y la Unión Europea se basa en gran medida en la practicidad, considerando tanto las relaciones comer-

13 «Desempeñamos un papel, pero no estamos fusionados ni renunciamos a nuestro carácter insular o al de la Commonwealth. Nuestro primer objetivo es la unidad y consolidación de la Commonwealth británica […]. Nuestro segundo objetivo es la "asociación fraternal" del mundo de habla inglesa; y, en tercer lugar, una Europa unida, de la que somos un aliado y amigo cercano, pero separado (…). Es únicamente cuando los planes para unir Europa tomen una forma federal cuando no podremos participar, porque no podemos subordinarnos ni ceder el control a las autoridades federales». Traducción propia.

ciales como las obligaciones políticas y económicas correspondientes. Esto es, la geografía del Reino Unido, como una nación insular, ha influido en su identidad y en su política exterior, fomentando una mentalidad de independencia y autosuficiencia. Esta mentalidad se refleja en la idea de que su relación con la UE es utilitaria, y no fundamental, para su identidad nacional. El enfoque práctico hacia la Unión Europea es una continuación lógica de la visión británica de sus propias prioridades e identidad. El Reino Unido, históricamente, ha buscado maximizar los beneficios económicos, políticos y de seguridad de sus relaciones internacionales sin comprometer su soberanía y autonomía. La última frase de Cameron en el primero de los fragmentos, donde destaca que la consideración de la Unión Europea por parte del Reino Unido como un medio para alcanzar un fin, encapsula este enfoque pragmático. Esto no desvaloriza la importancia de la UE, sino que la enmarca como un ente ajeno, un otro, una mera herramienta para lograr objetivos nacionales específicos, principalmente relacionados con la economía y la seguridad. El proyecto europeo nunca ha supuesto un compromiso emocional. Todo ello permite concluir que la identidad nacional británica es fundamentalmente distinta de la europea y refuerza la idea de que la diferencia de ambas identidades es una consecuencia natural de las prioridades y enfoques históricos, culturales y pragmáticos del Reino Unido.

5.2. Conceptualización de la identidad europea

La Unión Europea es una construcción cultural relativamente reciente que integra dimensiones políticas, económicas, legales, sociales e históricas, entre otras. Es tanto una idea como una realidad (Delanty, 1995) y, en consecuencia, la asignación de una identidad puede resultar intuitiva, pero no necesariamente evidente. Además, en el contexto del proyecto europeo, tan importantes son los asuntos relacionados con la integración económica y política como la cuestión sobre si una sociedad tan multicultural puede verdaderamente desarrollar una identidad colectiva o social. Es por esto por lo que hay quienes señalaban, años previos al Tratado de Maastricht, que esta nueva identidad solo podría surgir de «las antiguas raíces: la fe cristiana y las lenguas clásicas que los europeos heredan en común» (Eliot, 1978, p. 160), mientras que Kundera (1984) menciona que la base cultural de Europa está profundamente arraigada en los valores humanistas, la democracia y, de nuevo, el cristianismo. Todo ello parece coherente si se consideran los factores determinantes de la identidad enumerados en la sección 4.2: religión, política, economía y geografía.

Otros autores señalan que la construcción de la identidad europea ha sido posible, principalmente, gracias a la Unión Económica y Monetaria europea (UEM) y a varias interacciones esenciales que han tenido lugar en ese contexto. Así, Vigvári (2011) indica que tanto el establecimiento como el acatamiento de las reglas que permitieron la creación de la UEM fomentaron la convergencia económica entre los países europeos. Este es un paso clave si se tiene en cuenta que implica un amplio involucramiento por parte de los Gobiernos con el objetivo de facilitar la coordinación de los bancos centrales. Por eso, este proceso, que ha fortalecido la integración económica y política de la región promoviendo una

cooperación más estrecha entre los países miembros, se puede considerar un «mecanismo de reforzamiento de la identidad europea» (Vigvári, 2011, p. 547).

Este concepto de la identidad europea cada vez atrae más la atención de académicos, especialmente tras el acontecimiento de importantes hechos históricos, como la crisis financiera global de 2008, la salida del Reino Unido en 2020, la pandemia de covid-19 en ese mismo año y la invasión de Ucrania por parte de Rusia en 2022. El término *identidad europea*, generalmente, puede ser descrito como «el sentimiento de ser europeo como una parte integral de la identidad social de uno mismo» (Ciaglia *et al.*, 2020). En esta línea, Delanty (1995) define la identidad europea como «una identidad colectiva centrada en la idea de Europa, pero que es la base de la identidad personal» (p. 13). En definitiva, es imposible definir una identidad sin tocar lo más profundo de la esencia humana de cada persona.

Sin embargo, el concepto de identidad europea plantea dos grandes problemas: por un lado, que es muy reciente y cambiante, en contraste con las identidades nacionales comúnmente conocidas, y, por otro, que no deja de competir con las identidades nacionales de los países miembros de la Unión Europea (Carey, 2002; Checkel y Katzenstein, 20009). Así pues, no parece posible definir la identidad europea sin acompañarla de sus desafíos, que no son banales, ya que existe una gran dificultad para establecer una identidad europea que trascienda las identidades nacionales. En este sentido, Delanty (1995) también habla del fracaso de esta identidad para constituir una identidad colectiva capaz de desafiar las identidades nacionales. Además, argumenta que, si bien la idea de Europa existía mucho antes de que las personas comenzaran a identificarse con ella, la raíz del problema se encuentra en que no existe una visión definitiva de unidad. Esto es, los europeos no se ven a sí mismos como portadores de un todo, o sea, de Europa, sino como ciudadanos cuya identidad se forma a partir de sus intereses. Si esto es así, entonces, la identidad europea solo podría formarse sobre la base de una desunión inextricable y el pluralismo democrático que conlleva, pero esto conduce a una profunda contradicción. En la actualidad, no son pocos los artículos que destacan los desafíos a los que se enfrenta la idea de una Europa unida frente a la «Europa de las naciones» (Munárriz, 2024) y el euroescepticismo.

6. La pregunta: La UE como amenaza

6.2. El trilema de Rodrik

La trinidad imposible es un resultado muy conocido en el ámbito de la macroeconomía, desarrollado por Summers (1999) y basado en el modelo Mundell-Fleming. Destaca que las economías abiertas se enfrentan a tres objetivos que, si bien son deseados, son normalmente contradictorios: la estabi-

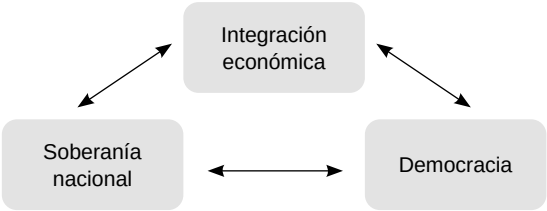

Ilustración 2. Trilema de Rodrik o trilema político de la economía mundial.
Fuente: Elaboración propia.

lidad del tipo de cambio, el disfrute de la movilidad libre del capital y la posesión de una política monetaria autónoma u orientada hacia los objetivos domésticos representan tres objetivos que únicamente son alcanzable dos a dos (Obstfeld *et al.*, 2005). La utilidad teórica de este trilema reside en su aplicación directa a otros campos, como, por ejemplo, el de la política económica.

Así, en lo que se considera una analogía con el trilema previamente mencionado, Rodrik (2002) señala que solo es posible lograr dos de las siguientes tres grandes aspiraciones en el ámbito de la política mundial: 1) integración económica profunda, 2) soberanía nacional o mantenimiento del Estado nación y 3) democracia. Es decir, que estas tres metas no pueden alcanzarse simultáneamente. A modo de ilustración, esto implica que, si lo que se persigue es una amplia integración económica, para ello, habrá que sacrificar la soberanía nacional o la democracia, o ambas, mientras que, si se opta por mantener la democracia y la soberanía nacional, entonces, habrá que renunciar a cierto grado de globalización, entendida en este contexto como una integración económica profunda. El trilema de Rodrik está representado en la ilustración 2.

Entonces, resulta inevitable pensar en la Unión Europea como una forma de integración económica a nivel regional que se enfrenta al trilema de Rodrik, puesto que se trata de una unión económica y política que cuenta con un mercado único y múltiples instituciones comunes a los países miembros creadas para tomar decisiones democráticamente. De entre todas estas características, el mayor interés recae sobre la eurozona (Vigvári, 2011), puesto que la pertenencia de diversas economías avanzadas a un régimen monetario común, bajo la misma política monetaria y un banco central único, sin duda, representa el caso más extraordinario de integración económica conocido hasta la fecha a nivel mundial. Sin embargo, no escapa al trilema de Rodrik, pues se puede observar como la Unión Europea se trata de un sistema donde la política[14] en su sentido más regulatorio se encuentra al nivel de la UE, mientras que la política entendida como actividad política en su máxima expresión reposa en cada Estado nación a nivel individual (Rodrik, 2012).

Más allá del análisis de la Unión Europea como entidad global, el del Reino Unido como nación antiguamente perteneciente a la UE es aún más interesante si

14 Las palabras *policy* y *politics*, provenientes del inglés, explican la diferenciación que se pretende señalar con mayor éxito del que puede lograr el vocabulario castellano en este caso.

cabe desde este enfoque, puesto que tiene mucho que aportar a las preguntas sobre el bréxit planteadas en este artículo. Esto es así porque el Reino Unido, como miembro de la UE, mantenía lazos estrechos en términos de comercio con todos los países de la UE gracias al modelo de mercado único, a pesar de no pertenecer a la eurozona, mientras disfrutaba también de las ventajas de la democracia. No obstante, la creciente percepción entre los británicos de pérdida de soberanía nacional con respecto a la UE fue uno de los grandes factores que llevaron a votar su salida (Clarke *et al.*, 2017). Así, el bréxit fue presentado por sus defensores, implícitamente, como una forma de romper con el trilema de Rodrik (Kroger y Dede, 2023) en un contexto en el que los partidarios de abandonar la UE reclamaban, principalmente, el control sobre sus fronteras y sus políticas domésticas o internas, en consonancia con lo mencionado en el apartado 3.

Por tanto, es razonable preguntarse si el bréxit ha logrado evitar el trilema de Rodrik, es decir, recuperar la soberanía nacional y mantener tanto la democracia como el comercio con los países de la Unión Europea, aunque este último se haya producido en unas condiciones distintas a las de su pasado en la UE. Sin embargo, numerosos estudios confirman la imposibilidad de este escenario (ídem). Los datos disponibles revelan no solo el gran impacto que ha tenido la salida del mercado único sobre las empresas, al dificultar la exportación de sus productos, la importación de los productos intermedios necesarios para producirlos y la adhesión a las nuevas regulaciones (Foster y Pickard, 2024), sino también el efecto de las restricciones de entrada al Reino Unido sobre su mercado laboral, extremadamente ajustado durante los últimos meses (Monetary Policy Committee, 2023). La medida en la que el Reino Unido prefería pagar el precio de un impacto negativo en su economía a cambio de la recuperación de su soberanía en términos del control de las fronteras y de la autoridad para regular permite poner el foco en la relación entre soberanía nacional e identidad. No obstante, el actual arrepentimiento de los *leavers* validaría la teoría de Hooghe y Marks (2019): al final, es la economía lo verdaderamente importante para las personas, y no la resistencia nacionalista potencialmente vinculable a la propia identidad. En este sentido, es necesario recordar que tanto las empresas más grandes del Reino Unido como sus principales instituciones siempre fueron críticas con la idea de abandonar la Unión Europea, señalando la subida de los tipos de interés, la salida de capitales, la caída de la inversión y la pérdida de trabajos que resultaría del voto a favor de la salida de la UE (Clarke *et al.*, 2017).

6.2. La soberanía nacional y la identidad británica

En relación con el trilema de Rodrik, previamente mencionado, y en el caso particular del bréxit, la decisión de abandonar la Unión Europea plantea un desafío directo a la soberanía nacional del Reino Unido, ya que implica renunciar a ciertos aspectos de la integración económica en aras de preservar la autonomía política y ¿algo más? Sí. La noción de soberanía nacional está estrechamente ligada a la identidad nacional, ya que refleja la capacidad de un país para tomar decisiones autónomas y ejercer su autoridad sobre su territorio y ciudadanía. En el contexto del bréxit, la defensa de la soberanía nacional se ha convertido en

un punto central de la retórica política, con argumentos a favor de recuperar el control sobre las leyes, las fronteras y las políticas económicas.

Sin embargo, la relación entre soberanía e identidad nacionales no es obvia. Si bien la soberanía puede ser percibida como un componente esencial de la identidad nacional, también puede ser cuestionada y redefinida en función de los cambios políticos y económicos. En este caso, chocaría con la identidad nacional definida en términos estáticos y de permanencia. Así, la membresía en organizaciones supranacionales puede desafiar la concepción tradicional de soberanía, al requerir la delegación de ciertas competencias a instituciones internacionales. Este fue el caso del Reino Unido con la Unión Europea. Por consiguiente, el bréxit puede entenderse como un intento de reafirmar la soberanía nacional como un elemento fundamental de la identidad británica. No obstante, también plantea interrogantes sobre la naturaleza y los límites de la soberanía nacional en un mundo globalizado: ¿hasta qué punto pueden los países mantener su autonomía política sin sacrificar los beneficios de la integración económica y la cooperación internacional? En definitiva, la relación entre soberanía e identidad nacionales es compleja, y el bréxit ofrece un caso de estudio intrigante para explorar esta interacción.

Cabe recordar que la identidad europea, promovida por la Unión Europea, busca fomentar un sentido de pertenencia y lealtad a una comunidad europea más amplia más allá de las fronteras nacionales. Sin embargo, a lo largo de este artículo, se ha analizado por qué para el Reino Unido abrazar una identidad europea puede ser visto como diluir o socavar su identidad nacional. Este sentimiento fue evidente en el referéndum del bréxit en 2016, donde las preocupaciones sobre la pérdida de soberanía nacional a favor de la Unión Europea jugaron un papel significativo en la formación de la opinión pública y, así, en el resultado de las votaciones. En esta línea, Copsey y Haughton (2014) mantienen que:

> In contrast to Germans who have tended to see Europe as an integral part of national identity and the French who see European integration as a chance to further national identity […], **Britons** —or perhaps more accurately the English— **tend to see Europe as a threat to national identity. They have difficulty reconciling themselves to the idea of being both British and European**[15] (p. 30).

Así, se puede concluir que, si el Reino Unido percibe a Europa como una amenaza para su identidad nacional, resulta inevitable interpretar la identidad europea en los mismos términos. Esta amenaza percibida para la identidad británica desde la integración europea radica en la tensión entre el deseo de mantener la soberanía nacional y la presión para alinearse con normas y valores europeos más amplios. Para muchos británicos, la idea de ceder autoridad para tomar decisiones a instituciones supranacionales en Bruselas socava su sentido de nación.

15 «A diferencia de los alemanes, quienes han tendido a ver Europa como parte integral de la identidad nacional, y los franceses, que ven la integración europea como una oportunidad para promover la identidad nacional […], los británicos, o quizá más precisamente los ingleses, tienden a percibir a Europa como una amenaza para la identidad nacional. Tienen dificultades para conciliar la idea de ser tanto británicos como europeos». Traducción propia.

7. Conclusiones

Este artículo ha explorado las complejas y polifacéticas interacciones entre las identidades británica y europea, con un enfoque particular en cómo ha influido en el proceso del bréxit la relación entre ambas. Se concluye que la identidad nacional británica, caracterizada por una fuerte inclinación hacia la soberanía nacional y la autonomía política, a menudo, se percibe en tensión con la idea de una Europa más integrada y supranacional, en la forma de la Unión Europea con identidad europea propia. En primer lugar, se ha abordado cómo han moldeado la identidad británica la historia, la religión, la geografía, la política, la economía y la lengua. Tanto el anglicanismo como el carácter insular del Reino Unido y su modelo económico anglosajón capitalista de libre mercado han fomentado una percepción de separación y singularidad en relación con el continente europeo, un aspecto que ha sido fundamental en la formación de su identidad nacional y en el resultado del referéndum de 2016.

La reticencia de los británicos a adoptar una identidad dual como británicos y europeos es posible que provenga de una percepción arraigada de la integración europea como una amenaza a la soberanía nacional. Esto se ve agravado por el contexto histórico del excepcionalismo británico y el camino único que el Reino Unido ha seguido en su relación con Europa. Además, mientras algunos miembros de la Unión Europea tratan de percibir la integración europea como una extensión o fortalecimiento de sus identidades nacionales, los británicos ven la integración europea, y por tanto la identidad europea, como una amenaza a su identidad nacional. Esta perspectiva fue evidente en el referéndum del bréxit, donde las preocupaciones sobre la pérdida de soberanía nacional jugaron un papel significativo en la decisión de abandonar la Unión Europea. El trilema de Rodrik proporciona un marco útil para entender los conflictos inherentes a la política democrática, la soberanía nacional y la integración económica. El referéndum del bréxit de 2016 ejemplifica estas tensiones, donde el temor a perder el control nacional a favor de entidades supranacionales jugó un papel crítico en la decisión de abandonar la UE. La noción de soberanía nacional está intrínsecamente ligada a la de identidad nacional. Sin embargo, también es una relación compleja, puesto que la membresía en organizaciones supranacionales como la UE desafía la concepción tradicional de soberanía, al requerir la delegación de ciertas competencias a instituciones internacionales.

En conclusión, el bréxit puede entenderse como un intento de reafirmar la soberanía nacional como un elemento fundamental de la identidad británica, reflejando una resistencia a la integración europea, de la que la identidad nacional se percibe como una amenaza. Sin embargo, también plantea interrogantes sobre la naturaleza y los límites de la soberanía en un mundo cada vez más globalizado. La relación entre la soberanía e identidad nacionales es compleja y polifacética, y el bréxit ofrece un caso de estudio de gran interés para explorar esta interacción, subrayando la continua relevancia de las identidades nacionales en el contexto de la integración europea.

8. Bibliografía

BALDWIN, R. y WYPLOSZ, C. (2022). *The economics of European integration.* McGraw-Hill Education.

BLANK, T. *et al.* (2001). *Patriotism: A contradiction, a possibility or an empirical reality.* ECPR Workshop 26: National Identity in Europe. Grenoble.

BRIERLEY, P. (2008). *UK Christian handbook: Religious trends 7.* Intervarsity Press.

BROWN, J. (20 de mayo de 2019). London is still the UK's golden goose, and that needs to change. *The Guardian*.

CAREY, S. (2002). Is national identity an obstacle to European integration? *European Union Politics*, *3*(4), 387-413.

CHECKEL, J. y KATZENSTEIN, P. (2009). *European identity.* Nueva York: Cambridge University Press.

CIAGLIA, S. et al. (22 de octubre de 2020). Fostering European identity. *European Integration Studies*, 14, 9-25.

CLARKE, H. et al. (2017). *Brexit: Why Britain voted to leave the European Union.* Cambridge University Press.

CONNOR, W. (1978). A nation is a nation, is a state, is an ethnic group, is a... *Ethnic and Racial Studies*, *1*(4), 377-400.

COPSEY, N. y HAUGHTON, T. (2014). «Farewell Britannia? "Issue capture" and the politics of David Cameron's 2013 EU referendum pledge», en R. Wodak, *"We have the character of an island nation" A discourse-historical analysis of David Cameron's "Bloomberg speech" on the European Union.*

DAVIES, N. (2000). *The Isles: A history.* Macmillan.

DELANTY, G. (1995). *Inventing Europe.* Palgrave Macmillan.

DUDERIJA, A. (2008). Factors determining religious identity construction among Western-born Muslims: Towards a theoretical framework. *Journal of Muslim Minority Affairs*, *28*(3), 371-400.

DYSON, K. y FEATHERSTONE, K. (1999). *The road to Maastricht: Negotiating Economic and Monetary Union.* Oxford University Press.

ELIOT, T. (1978). «The classics and the man of letters», en T. S. Eliot, *To criticize the critic and other writings.* Faber & Faber.

ERIKSON, E. (1968). *Identity: Youth and crisis.* Norton.

ESPING-ANDERSEN, G. (1990). The three political economies of the welfare state. *International Journal of Sociology*, *20*(3), 92-123.

FEARON, J. (1999). *What is identity (as we now use the word)?* Stanford University.

FIELD, C. (2014). No popery's Ghost does popular anti-Catholicism survive in contemporary Britain? *Journal of Religion in Europe*, 7, 116-149.

FOSTER, P. y PICKARD, J. (26 de marzo de 2024). UK politicians need to get over bréxit and prioritise trade, say businesses. *Financial Times*.

FOX, S. y KOLPINSKAYA, E. (2023). *Religion and euroscepticism in Brexit Britain.* Routledge.

GARBARINO, J. (1995). *Raising children in a socially toxic environment.* Jossey-Bass.

GELISSEN, J. y ARTS, W. (2010). «Models of the welfare state», en F. Castles *et al.*, *The Oxford handbook of the welfare state*, pp. 569-584. Oxford University Press.

HALL, J. (2003). «Conditions for national homogenizers», en U. Özkırımlı, *Nationalism and its futures*, pp. 15-31.

HALL, P. y PAIN, K. (2006). *The polycentric metropolis: Learning from mega-city regions in Europe.* Routledge.

HALL, P. y SOSKICE, D. (2001). *Varieties of capitalism: The institutional foundations of comparative advantage.* Oxford University Press.

HALL, S. (1996). «Question of cultural identity», en S. Hall, *et al.*, *Modernity: An introduction to modern societies*, pp. 595-634. OUP.

HOFSTEDE, G. (2001). *Culture's consequences: Comparing values, behaviors, institutions, and organizations across nations.* Sage Publications.

HOOGHE, L. y MARKS, G. (2019). Grand theories of European integration in the twenty-first century. *Journal of European Public Policy*, *26*(8), 1113-1133.

HORNSBY-SMITH, M. (2015). Religion and politics in the United Kingdom. *Politics and Religion Journal*, 169-194.

JACKSON, G. (2005). «Contested boundaries: Ambiguity and creativity in the evolution of German codetermination», en G. Jackson, *Beyond continuity*, pp. 229-254. Oxford University Press.

KETTELL, S. (2009). On the public discourse of religion: An analysis of christianity in the United Kingdom. *Politics and Religion*, *2*, 420-443.

KING, P. (2003). Religion and identity: The role of ideological, social, and spiritual contexts. *Applied Developmental Science*, *7*(3), 197-204.

KNOTT, K. (1986). *Religion and identity in the study of ethnic minority religions in Britain.* Department of Theology and Religious Studies at the University of Leeds, 165-175.

KROGER, S. y DEDE, M. (2023). Does bréxit overcome the globalisation trilemma? How British business assess the trade relationship with the EU. *British Politics*.

KUNDERA, M. (1984). The tragedy of central Europe. *New York Review of Books*, 33-38.

LADEGAARD, H. (2020). «Taylor & Francis Group», en J. Jackson, *The Routledge handbook of language and intercultural communication*, pp. 191-203. Routledge.

LIDDLE, R. (2016). *The Europe dilemma: Britain and the drama of European integration.* B. Tauris & Co.

MARKS, G. (1999). «Territorial identities in the European Union», en J. Anderson, *Regional integration and democracy: Expanding on the European experience*, pp. 69-91. Rowman & Littlefield Publishers.

MODOOD, T. (2010). Moderate secularism, religion as identity and respect for religion. *The Political Quarterly*, *81*(1), 4-14.

MONETARY POLICY COMMITTEE (2023). *Monetary Policy Report.* Bank of England.

MUNÁRRIZ, Á. (2 de junio de 2024). El viejo ideal de la integración se juega su futuro ante el auge de la «Europa de las naciones». *El País*.

MUSCARA, L. (2020). «The great swindle of nationalist sovereigntism: on territory, psychology, and communication technologies», en S. Moisio, *Handbook on the changing geographies of the state: New spaces of geopolitics*, pp. 96-106. Edward Elgar Publishing Limited.

MUSOLFF, A. (2004). The heart of the European body politic. British and German perspectives on Europe's central organ. *Journal of Multilingual and Multicultural Development*, *25*(5), 437-452.

MUSOLFF, A. (2010). *Metaphor, nation, and the Holocaust.* Routledge.

NEDERGAARD, P. (2019). «Brexit and British exceptionalism», en P. Diamond *et al.*, *The Routledge handbook of the politics of Brexit*, pp. 134-147. Routledge.

OBSTFELD, M. et al. (2005). The trilemma in history: Tradeoffs among exchange rates, monetary policies, and capital mobility. *The Review of Economics and Statistics*, *87*(3), 423-438.

RASMUSSEN, M. (15 de diciembre de 2015). What EU diplomats really think about 'stubborn', unpopular Britain. *The Telegraph*.

RHODES, M. (1998). «Globalization, labour markets and welfare states: A future of "competitive corporatism"?», en M. Rhodes, *The future of European welfare*, pp. 178-203. Palgrave Macmillan.

ROBERTS, A. (2018). *Churchill: Walking with destiny.* Viking.

RODRIK, D. (2002). *Feasible globalizations.* NBER Working Paper 9129. National Bureau of Economic Research.

RODRIK, D. (2012). Globalization dilemmas & the way out. *Indian Journal of Industrial Relations*, *47*(3), 393-404.

SMITH, A. (1991). *National identity.* Penguin.

SMITH, A. (1992). National identity and the idea of European unity. *International Affairs (Royal Institute of International Affairs)*, *68*(1), 55-76.

SUMMERS, L. (1999). Distinguished lecture on economics in government: reflections on managing global integration. *The Journal of Economic Perspectives*, *13*(2), 3-18.

TAJFEL, H. y TURNER, J. (1986). The social identity theory of intergroup behavior. *Psychology of Intergroup Relations*, *2*, 7-24.

TAYLOR, C. (1989). *Sources of the self: The making of the modern identity.* Harvard University Press.

TAYLOR, C. (1997). «Nationalism and modernity», en C. Taylor, *Philosophical arguments*, pp. 191-218. Cambridge University Press.

TOMBS, R. (2021). *This sovereign isle: Britain in and out of Europe.* Allen Lane.

TRIANDAFYLLIDOU, A. (1998). National identity and the 'other'. *Ethnic and Racial Studies*, *21*(4), 593-612.

VIGVÁRI, G. (2011). Governance in the European Union: Applying the «trilemma of global politics». *Global Business & Economics Anthology*, 541-552.

WALL, S. (2020). *Reluctant European: Britain and the European Union from 1945 to Brexit.* Oxford University Press.

WODAK, R. (2018). «We have the character of an island nation», en M. Kranert y H. Geraldine, *Doing politics: Discursivity, performativity and mediation in political discourse*, pp. 27-58. John Benjamins Publishing Company.